

860-11(866) *ludero*

6794e

E. 2

DOS CANTOS A LA RAZA LATINA.

PUBLICACION DEDICADA A LA INMORTAL MEMORIA

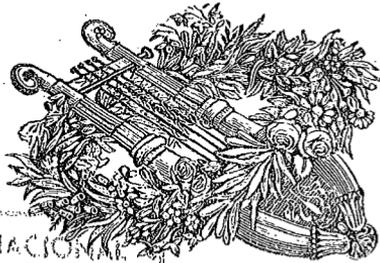


INCLITO LIBERTADOR

DON SIMON BOLIVAR,

EN SU PRIMER CENTENARIO:

24 DE JULIO DE 1883.



BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº <i>6745</i>	AÑO <i>1991</i> QUITO.
PRECIO	BOLETAJON

2063-J.

Impudición de tipos de M. Rivadeneira,

BIBLIOTECA NACIONAL
P. 92 - S. M. C.
- A - 1 - C - 3 -
Quito-Ecuador



Eugenio Espejo

AL LECTOR.

En Diciembre del año de 1881 fué reimpresa, en un periódico de Guayaquil, la brillante poesía del argentino Don Olegario V. Andrade, que tenemos la satisfacción de reproducir en el solemne día de hoy. La complacencia con que entonces la leímos, fué acibarada por la dolorosa observación de que nuestra infortunada Patria había sido tan insignificante, en concepto del poeta, que ni aún se dignó mentarla en sus hermosos versos, en los cuales hizo también caso omiso del Portugal, de las repúblicas Centroamericanas y del heroico Paraguay, á pesar de que el fecundo tema de su canto era la Raza latina, á que pertenecen, con no poca gloria, las naciones olvidadas.

Pesónos en el alma la manifiesta injuria irrogada al Ecuador, y como somos hijos amantes suyos, natural era que, no obstante nuestra notoria incompetencia para rivalizar con tan distinguido cantor, volviésemos por la honra del país en que hemos nacido, ya que ninguno de los inspirados

II.

compatriotas de Olmedo tuvo á bien arrancar algunos sonos á la lira, en desagravio de la madre común.

Adelantado teníamos nuestro pobre canto; pero nos vimos, con harta pena, en el duro caso de suspenderlo, hasta que los hechos diesen á conocer á las demás naciones del mundo, que bien puede demandar su parte de gloria y preciarse de su alcurnia latina, un pueblo que sabe defender su libertad, á imitación del héroe que se la dió.

Hoy, que este pueblo ha castigado ejemplarmente al torpe y vulgar malhechor que lo avergonzaba ante el mundo, bien hemos podido escribir las últimas estrofas y dar á luz nuestra humilde poesía, aprovechando de la gran fiesta del continente, y deseosos de que, en el universal concierto, sea nuestra débil voz una nota más, añadida al himno que entona la América del Sur al egregio Libertador, en su glorioso centenario.

Terminaremos estas cortas líneas, advirtiendo que, si aplaudimos de todas veras al bardo argentino, en sus líricos arrebatos, no lo hacemos, como se verá, en los pocos rasgos irreligiosos que se notan en su brillante oda.

L. C. O.

ATLANTIDA.

CANTO

AL PORVENIR DE LA RAZA LATINA.

Poesía de Olegario V. Andrade, que fué coronada con el primer premio en los juegos florales de Buenos Aires.

I.

Cada vez que en la cumbre desolada
De la ardua cordillera
Y tras hondo angustioso paroxismo,
Como caliente lágrima postrera,
Brotá de las entrañas del abismo
Misterioso raudal, germen naciente
De turbio lago, caudaloso río,
Ronca cascada ó bramador torrente,
Pardas nubes descenden á tejerle

Caprichoso, movable cortinaje,
Y abandonan los negros huracanes
Sus lóbregas cavernas,
Para arrullar con cántico salvaje
Su sueño, y en señal de regocijo,
Sobre muros de nieves sempiternas
Despliegan, combatientes del vacío,
Taciturnos guardianes
Del infinito páramo sombrío,
Sus flámulas de fuego, los volcanes!

Raudales de la historia son las razas:
Raudales que en la cuna
Vela el misterio y con afán prolijo
La fábula, Nereida soñadora,
Que el verde junco con la hiedra aduna,
Como la dulce madre que despliega
Sobre la tersa frente de su hijo,
Teñida por los rayos de la aurora,
Su manto, de amor ciega,
Envuelve con fantásticos cendales,
Mientras se llena el mundo
De rumor de catástrofes.—En tanto,
Con las alas abiertas,
Cruza la tierra el ángel del espanto,
Y agita sus antorchas funerales
El incendio iracundo
Sobre la tumba de las razas muertas!

Allá, en el fondo oscuro
Del valle que á los piés del Apenino
Se extiende como alfombra de esmeralda,

Palenque misterioso del destino,
Do el Tíber serpentea
Del monte Albano en la risueña falda,
Vago rumor se siente.
El rumor de una raza despertada
Con el sello de Dios sobre la frente!
Y en el confín lejano
Del mar que muere en la desierta playa
Del Asia envejecida,
Con eterno lamento,
Hondo clamor hasta los cielos sube,
Que en son medroso el viento
Esparce por la tierra estremecida!

La raza que despierta,
Como enjambre irritado, en las sombrías
Hondonadas del Lacio,
Es la raza latina, destinada
A inaugurar la historia
Y á abarcar el espacio,
Llevando por esclava á la victoria!
Y el clamor que resuena
De la alta noche en la quietud sagrada,
Es el grito de Ilión, que se desploma,
Como gigante estatua derribada:
Astro que se hunde en tenebroso ocaso
Cuando surge en oriente el sol de Roma!

II.

Raudal que, al descender á la llanura,
Se torna en ancho río,

Aquella tribu oscura
 En turbulento pueblo convertida,
 Sintió dentro del seno
 La inquietud de la ola comprimida,
 El rumor interior, la voz de trueno
 Que emplaza á las naciones
 A las gigantes luchas de la vida!
 Y se lanzó impaciente
 En pos de sus destinos inmortales,
 Dando al viento los bélicos pendones,
 Siniestros mensajeros del estrago,
 Y encendiendo en el negro promontorio,
 Para servir de faro á sus legiones,
 La colosal hoguera de Cartago!

Nada detuvo el vuelo soberano
 Del águila latina:
 La tierra despertó como de un sueño,
 Al sentirla pasar. El océano,
 Generoso corcel que el cuello inclina,
 Cuando siente á su dueño,
 Rugió de gozo y le rindió homenaje.
 Todo lo holló con planta vencedora:
 La montaña y el páramo salvaje,
 Las misteriosas selvas seculares
 En que, al compás de místicas endechas,
 Aflaba el germano taciturno
 Con siniestra ansiedad el haz de flechas;
 Y las negras pirámides distantes,
 Que, á la luz del crepúsculo, parecen
 Abandonadas tiendas de campaña
 De una raza extinguida de gigantes!

Grecia le abrió los brazos, olvidada
De su antiguo esplendor. La Iberia altiva,
Como severa reina destronada,
Dobló la frente ensangrentada al yugo,
Mas no su corazón:—eterna hoguera
En que la llama de Sagunto ardía
Con rojizo fulgor. La Galia fiera:
Lanzó á los aires resonante grito,
Y el escudo de bronce hirió tres veces
Sobre el dolmen maldito!
Pero cayó espirante en la contienda,
Para dormir el sueño del esclavo,
De César en la tienda!
Y el Sárмата cruel, el Bretón bravo,
El Escita ligero,
El sombrío, feroz Escandinavo,
Que en las brumas polares
De otro mundo olfateaba el derrotero,
Fueron á prosternarse en sus altares!

Largo su imperio fué, largo y fecundo:
El hacha del Lictor estuvo siglos
Alzada sobre el mundo!
Cantó su origen inmortal Virgilio,
Sus desastres Lucano,
Mientras brillaba en el lejano oriente
La luz primera del ideal cristiano!
Y en brazos de los Césares dormía,
Al rumor de los sáficos de Horacio,
Enervada y tranquila,
Cuando sintió tronar en el espacio
El rudo casco del corcel de Atila!

Despertó, pero tarde! en vez del rayo
Que en sus manos, ardiente,
Viera la tierra atónita, llevaba
El áureo tirso, y en la mustia frente
La corona de hiedra de la orgía!
Corrió al foro, llamando á sus legiones
Dispersas y distantes,
Y sólo contestaron los histriones
Mezclados al tropel de las Bacantes!
Volvió al cielo los ojos, y en el fondo
Del cielo, en sangre tinto,
Creyó ver que cruzaban en silencio,
Como un augurio aciago,
La sombra lastimera de Corinto
Y el fantasma lloroso de Cartago!

Era tarde, en verdad! El sol de Roma,
Luz de la historia y esplendor del orbe,
Del Aventino tras la oscura loma
Y de la plebe trémula á los ojos,
Para siempre se hundió.—Rojo cometa,
Del horizonte en la desierta cumbre,
Apareció tras él, vibrando enojos.
Nubes del septentrión, vientos del polo,
Sobre la tierra inquieta
Esparcieron sus ráfagas de horrores:
Solo quedó de pié, soberbio atleta
Vencido, no turbado, destacando
En las sombras el dorso gigantéo,
Como el genio de Roma en lucha eterna,
Centinela de piedra, el Coliseo!

III.

No perecen las razas, porque caigan
Sin honor ó sin gloria
Los pueblos que su espíritu alentaron,
En hora venturosa ó maldecida:
Las razas son los ríos de la historia,
Y eternamente fluye
El raudal misterioso de su vida!
El río que en otra hora
Turbulento y audaz cruzó la tierra,
Ya por blandas y vírgenes llanuras
O por yerinos de arena abrasadora,
Al sopro animador de la fortuna,
De su cauce alejado,
Fué á morir como lóbrega laguna,
Inmóvil y callado!
Pero el raudal ingente
De la ánfora sagrada, la corriente
Inagotable y pura, despeñada
Por ignoto sendero,
Con rumor de torrente surgió un día
En la tierra encantada
Del indómito Ibero,
Donde todo es amor, luz, armonía,
El sol más bello, el aire más liviano,
Y siempre altivo, desbordante y joven,
Palpita y siente el corazón humano!

Así como al salir de su desmayo
La tierra estremecida,

Del sol primaveral al primer rayo,
Parece que sintiera
En el aire, en el monte, en la pradera,
En ondas tibias circular la vida;
España despertó con fuerza nueva,
Y unidas en eterno maridaje
La pasada romana fortaleza
Y la savia salvaje
Del hijo del Pirene, diestro en lides,
Engendraron la raza destinada
A suceder á la Cesárea estirpe:
La raza soberana de los Cides!

Llenó el mundo su nombre!—Las naciones
Del monte Calpe hasta el peñón marino
En que vela el Britano,
Creyerón que se alzaba en lontananza
La sombra augusta del poder latino,
Que de nuevo volvía
A ser el dueño del destino humano!
Y España, como Roma, poseída
De vago afán, de misterioso anhelo,
Soñaba con batallas, cuando un día
Al tender la mirada por el cielo,
Desde las altas cumbres de Granada,
Vió surgir en lejanos horizontes
La visión de la América encantada!

Dos mundos sujetó bajo su imperio,
Y dejó su espíritu los rastros
En fecundas, brillantes creaciones!
Como Ajax inmortal retó á la tierra

Y, ansiosa de combates,
Fué á renovar en Africa prodigios
Y hazañas de Escipiones;
Pero también se derrumbó impotente,
No del potro del Vándalo á las plantas,
Ni del cruel vencedor al ceño airado,
Sinó cuando cayó sobre su espíritu
La sombra enervadora del Papado!

IV.

Mientras España duerme acurrucada
Al pié de los altares,
Calentando su espíritu aterido
En la hoguera infernal de Torquemada,
Francia recoge el cetro abandonado
De la historia, y prepara
Otra hoguera, á que arroja,
Con ánimo esforzado,
Fragmentos de Bastillas,
Instituciones viejas, privilegios,
Y de un vetusto trono las astillas:—
Hoguera á cuya lumbre soberana
Va á forjar, como en fragua ciclopéa,
Su eterno cetro la razón humana!

Cuando llega la hora
De las grandes, fecundas convulsiones,
La hora en que, al compás de las borrascas,
Se tumban ó levantan las naciones,
Dios envía á la tierra los gigantes
Del genio ó de la espada,

Cual si necesitase de almas fuertes
Y músculos pujantes,
Para no perecer en la jornada.
Así, la Francia tuvo,
En las horas más grandes de la historia,
El genio de Voltaire, para anunciarle
El tremendo, supremo cataclismo,
Y el brazo poderoso
De Napoleón, el genio de la gloria,
Para alzarla espirante del abismo!

La fuerza es en, el mundo,
Astro de inmensa carva, que, á su paso,
Deja, como reguero de laureles,
Fulgor de incendios, resplandor de soles;
Pero astro que se pone en el ocaso,
Tras nubes de rojizos arreboles.—
Brillante fué el imperio de la fuerza!
Brillante, pero efimero: la espada
Que, sobre el mapa de la Europa absorta,
Trazó fronteras, suprimió desiertos,
Y que, quizá de recibir cansada
El homenaje de los reyes vivos,
Fué á demandar en el confín remoto
El homenaje de los reyes muertos;
La espada de Austerlitz, la vieja espada,
En los escombros de Moscow mellada,
Ya no describe círculos gigantes,
Esparciendo el pavor de la derrota:
Cayó en los campos de Sodán sombríos,
Ensangrentada y rota!

V.

Anteos de la historia,
Los pueblos que el espíritu y la sangre
Llevan de aquella tribu aventurera
Que encadenó á su carro la victoria,
Ya los postre ó abata
La corrupción ó la traición artera,
No mueren, aunque caigan.—Así, Roma
En su tumba de mármol se endereza,
Y renace en Italia, como planta
Que el polvo de los siglos fecundiza:
Así, España sacude la cabeza,
Tras largas horas de sopor profundo,
Y arroja los fragmentos
De su pesada lápida mortuoria,
Para anunciar al mundo
Que no ha roto su pacto con la gloria!
Y Francia, la ancha herida
Del pecho aun no cerrada,
En la sombra se agita, cual si oyera
Rumores de alborada!

VI.

¡Soberbio mar, engendrador de mundos,
Inquieto mar Atlante!
Que ora manso, ó terrible, en giro eterno,
Ya imitando el fragor de roncadas lides,
Ya gritos de angustiadas multitudes,
O gemidos de sombras lastimeras,



Te vuelcas y sacudes
En la estrecha prisión de tus riberas!
Soberbio mar, de cuyo fondo un día
La colosal cabeza levantaron,
Coronada de líquen y espadañas,
Al ronco son de tempestad bravía,
Náufragos del abismo, las montañas;
Mientras del cielo en la extensión desierta,
Que eternas sombras por do quior velaban,
Lanzaba el primer sol su rayo de oro,
Inmensa luz de flor recién abierta,
Sobre la cual, en armonioso coro,
Enjambres de planetas revolaban!

Tú eres el mismo mar que alzaste un día,
Bajo arcadas fantásticas de brumas,
Al vaivén de las olas adormido
Y envuelto dulcemente
En pañales de espumas,
Girones de la túnica de armiño
De tus playas bravías,
Huérfano de la historia, un mundo niño!

¡ Con cuánto amor velabas
Su cuna, y qué sombrías
Nieblas sobre su frente desplegabas,
Para que el aire errante, el viento inquieto
Y el astro vagabundo,
No fuesen á contarle su secreto
A la codicia insana de otro mundo!

¡ Con qué ansiedad te alzabas,
El labio mudo, palpitante el seno,

A interrogar el horizonte oscuro,
De vagas sombras y rumores lleno,
Cuando el alba indecisa aparecía,
Mensajera de Dios, en el oriente,
Trayéndote perfumes de los cielos,
Para mojar tu frentel
Y qué grito salvaje,
Mezcla de rabia y de pavor, lanzabas,
Retorciendo los brazos,
Cuando una vela errante aparecía,
Y en la tarde traía
Bramando, el oléaje,
De algún bajel deshecho, los pedazos!

VII.

¡Siglos pasaron sobre el mundo, y siglos
Guardaron el secreto!
Lo presintió Platón cuando, sentado
En las rocas de Egina, contemplaba
Las sombras que en silencio descendían
A posarse en las cumbres del Himeto,
Y el misterioso diálogo entablaba
Con las olas inquietas,
Que á sus piés se arrastraban y gemían!
Adivinó su nombre, hija postrera
Del Tiempo, destinada
A celebrar las bodas del futuro,
En sus campos de eterna primavera,
Y la llamó la Atlántida soñada!

Pero Dios reservaba

La empresa ruda al genio renaciente
De la latina raza, domadora
De pueblos, combatiente
De las grandes batallas de la historia!
Y cuando fué la hora,
Colón apareció sobre la nave
Del destino del mundo portadora!

Y la nave avanzó.—Y el Occáo,
Huraño y turbulento,
Lanzó al encuentro del bajel latino
Los negros aquilones,
Y á su frente, rugiendo el torbellino,
Ginete en el relámpago sangriento!
Pero la nave fué, y el hondo arcano
Cayó roto en pedazos,
Y despertó la Atlántida soñada,
De un pobre visionario entre los brazos!

Éra lo que buscaba
El genio inquieto de la vieja raza,
Debelador de tronos y coronas;
Éra lo que soñaba:
Ambito y luz en apartadas zonas!
Helo armado otra vez, no ya arrastrando
El sangriento sudario del pasado,
Ni de negros recuerdos bajo el peso,
Sinó en pos de grandiosas ilusiones:
La libertad, la gloria y el progreso!

Nada le falta ya: lleva en el seno
El insondable afán del infinito,
Y el infinito por do quier lo llama,

De las montañas con el hondo grito.
Y de los mares con la voz de trueno!
Tiene el altar que Roma
Quizo en vano construir, con los escombros
Del templo egipcio y la pagoda indiana,
Altar en que profese eternamente
Un culto solo la conciencia humana!
Y el Andes, con sus moles ciclopéas,
Con sus rojas antorchas de volcanes,
Será el altar de fulgurantes velos
En que el himno inmortal de las ideas
La tierra entera elevará á los cielos!

VIII.

¡Campo inmenso á su afán! Allá dormidas,
Bajo el arco triunfal de mil colores
Del trópico esplendente,
Las Antillas levantan la cabeza,
De la naciente luz á los albores,
Como bandadas de aves fugitivas,
Que arrullaron al mar con sus extrañas
Canciones plañidoras,
Y que secan al sol las blancas alas,
Para emprender el vuelo á otras riberas!

Allá Méjico está! sobre dos mares,
Alzada cual granítica atalaya,
Parece que aun espía
La castellana flota, que se acerca
Del golfo Azteca á la arenosa playa!
Y más allá Colombia, adormecida

Del Tequendama al retumbar profundo,
Colombia la opulenta,
Que parece llevar en las entrañas
La inagotable juventud del mundo!

Salve, zona feliz! región querida
Del almo sol, que tus encantos ceda,
Inmenso hogar de animación y vida,
Cuna del gran Bolívar, Venezuela!
Todo en tu suelo es grande:
Los astros que te alumbran desde arriba,
Con eterno, sangriento centelleo,
El genio, el heroísmo,
Volcán que hizo erupción con ronco estruendo
En la cumbre inmortal de San Mateo!

Tendida al pié del Ande,
Viuda infeliz, sobre entreabierta huesa,
Yace la Roma de los Incas, rota
La vieja espada en la contienda grande,
La frente hundida en la tiniebla oscura.
Mas no ha muerto el Perú! que la derrota
Germen es en los pueblos varoniles
De redención futura:
Y entonces, cuando llegue
Para su suelo la estación propicia
Del trabajo, que cura y regenera,
Y brille al fin el sol de la justicia,
Tras largos días de vergüenza y lloro,
El rojo manto que á su espalda flota
Las mieses bordarán con flores de oro!

Bolivia! la heredera del gigante
Nacido al pié del Avila,
Su genio inquieto y su valor constante
Tiene para las luchas de la vida.
Sueña en batallas hoy; pero no importa:
Sueña también en anchos horizontes,
En que, en vez de cureñas y cañones,
Sienta rodar la audaz locomotora,
Cortando valles y escalando montes!
Y Chile el vencedor, fuerte en la guerra,
Pero más fuerte en el trabajo, vuelve
A colgar en el techo,
Las vengadoras armas, convencido
De que es estéril siempre la victoria
De la fuerza brutal sobre el derecho!

El Uruguay que, combatiendo, entrega
Su seno á las caricias del progreso;
El Brasil, que recibe
Del mar Atlante el estruendoso beso,
Y á quien sólo le falta
El ser más libre, para ser más grande;
Y la región bendita,
Sublime desposada de la gloria,
Que baña el Plata y que limita el Ande!.....
De pié para cantarla! que es la Patria,
La Patria bendecida,
Siempre en pos de sublimes ideales;
El pueblo jóven que arrulló en la cuna
El rumor de los himnos inmortales!
Y que hoy llama al festín de su opulencia
A cuantos rinden culto

A la sagrada libertad, hermana
Del arte, del progreso y de la ciencia.
La patria, que ensanchó los horizontes
Rompiendo las barreras
Que en otra hora su espíritu aterraron,
Y á cuyo paso, en los nevados montes,
Del Génesis los ecos despertaron ;
La Patria, que olvidada
De la civil querrela, arrojó léjos
El fratricida acero,
Y qué lleva orgullosa
La corona de espigas en la frente,
Menos pesada que el laurel guerrero !
¡ La Patria ! en ella cabe
Cuanto de grande el pensamiento alcanza ;
En ella el sol de redención se enciende ;
Ella al encuentro del futuro avanza,
Y su mano, del Plata desbordante
La inmensa copa á las naciones tiende.

IX.

Ámbito inmenso, abierto
De la latina raza al hondo anhelo :
El mar, el mar gigante, la montaña
En eterno coloquio con el cielo.....
Y más allá, desierto !
Acá ríos que corren desbordados,
Allí valles que ondean,
Como ríos eternos de verdura :
Los bosques á los bosques enlazados ;

Do quier la libertad, do quier la vida,
Palpitando en el aire, en la pradera
Y en explosión magnífica encendida.

¡Atlántida encantada,
Que Platón presintió, promesa de oro
Del porvenir humano, reservada
A la raza fecunda,
Cuyo seno engendró para la historia,
Los Césares del genio y de la espada;
Aquí va á realizar lo que no pudo,
Del mundo antiguo en los escombros yertos,
La más bella visión de sus visiones:—
¡Al himno colosal de los desiertos,
La eterna comunión de las naciones!

Olegario W. Andrade

Aplausos y quejas.

DE INSPIRADO CANTOR DE LA RAZA BATINA.

DON OLEGARIO V. ANDRADE.

Oí tu voz, y á la celeste esfera
Volé contigo, poderoso vate,
Cual cóndor de la andina cordillera,
Que, con sublime aliento,
Arranca de la roca solitaria
A los mares de luz del firmamento.

¡Oh prodigio! las sombras del pasado,
Noche de las edades tenebrosa,
Huyeron ante mí! se abrió la fosa,
Que en sus entrañas lóbregas encierra,
Polvo tras polvo de las *muertas razas*,
La vieja humanidad cambiada en tierra!
Y se extendió á mis piés, cual mapa inmenso,

Del orbe la amplitud, vasto escenario,
Donde el drama grandioso de la Historia,
Ya de baldón colmadas, ya de gloria,
A impulso de frenéticas pasiones
O de eximia virtud, ante los siglos
Absortos, representan las Naciones!

Yo he visto á Eneas, con el peso augusto
Salir de entre las ruinas polvorosas
De la infeliz Ilión; verter el llanto
Que á el alma, no á los ojos, de los héroes
Arranca de la Patria el duelo santo,
Y al capricho entregarse de las ondas,
Buscando peregrino,
En ignota región, tierra lejana,
Donde plantar los vástagos tronchados
De la estirpe troyana.

No los vientos, el soplo del destino,
Las velas infla que á occidente vuelan,
Cual banda de gaviotas asustadas
Por trueno repentino.
Brama la tempestad en el Tirreno
Ponto, que ruge airado,
Alzando montes de encrespadas olas,
Que ocultan todo puerto al desgraciado;
Pero Marón despierta
Y su enpolvada lira
Del túbulo retira,
Donde, á par del cantor, cayera muerta:
Él nos sabrá decir cómo se cambia
El sañudo huracán en manso ambiente,
Fácil surco en la mar hiende la proa

Y su dorada luz la rubia aurora.
Vierte sobre la linfa trasparente.

¡Peregrino feliz! en los confines
Del piélago ignorado
Italia está, bellísima sirena,
Que con lazo de nardos y jazmines,
Cautivo para siempre, le encadena.

Halló el hijo de Anquises piadoso
La patria que buscaba.—Nacen pueblos;
Levántanse ciudades;
Guerreros bullen, y en el noble Lacio,
(Póstuma de esa Ilión que *se desploma*)
Más grande y más audaz, yórguese Roma!

“Perdió su claridad el sol de Grecia,
Al brillo de aquel astro que nacía”;
Atenas, abismada,
Vió en extranjera mano
El clarín portentoso de Iliada;
Selló el labio Demóstenes divino,
Que hablaba Cicerón; la macedonia
Falange irresistible,
Terror del persa, á la legión romana
Cedió atónita el paso, y ante César,
Titán del Occidente,
La gigantezca sombra de Alejandro
Se inclinó reverente!

Salió de madre el Tíber
Y se hincharon sus aguas de manera,
Que el cauce, la ribera,
El valle, el soto, la colina, el monte,
La cresta que deslinda el horizonte,



Cien horizontes más; cuanto divisa
El ojo en derredor, cuanto la mente
Sin límites abarca,
Cubrieron, como mar que se desborda
Y hace del universo una comarca!

Esclavo el orbe todo
Fué del Romano colosal imperio;
¡Y aquí el dedo de Dios, aquí el misterio
Resplandecen, poeta! que las razas,
Uncidas á la vez al férreo yugo,
Con sólida cadena,
Cual hordas criminales que el verdugo
Llevase juntas á la misma pena,
Llegan, en asombrosa muchedumbre,
A purgar un delito solidario.....,
¡Bañándose en la sangre redentora,
Bajo el madero santo del Calvario!

Y Roma muere!... Conceder la vida
Al hombre, al pueblo, sin misión arcana,
Que debe ser cumplida,
No es del pródigo Ser, que apaga soles,
Cuando su luz es vana.

Si vagos arreboles
De sanguíneo fulgor aun flotan tenues
Bajo la parda nube,
Es porque al Cielo sube
Y con brillo siniestro reverbera,
La fatídica lumbre de la hoguera
Que ha encendido Nerón, en su delirio,
Más que por convertir Roma en cenizas,
Por disponer la pira del martirio.
Astro resplandeciente

Que en la etérea región cruje y estalla,
Y arroja en los espacios, cual candente,
Luminosa metralla,
Fragments de sí propio, y cien luceros
Fulguran de improviso,
Esmaltando la bóveda sombría
En torno de ese sol que se deshizo:
Así feneció Roma; así nacieron,
Del maternal quebranto,
Las nobles hijas del vigor latino,
Objeto insigne de tu hermoso canto.

¡Bienhadadas las huérfanas! tenían
Otra madre amorosa, que su seno
Les brindase al nacer, madre que al labio,
En copa bendecida,
De hiel exenta y de letal veneno,
Les llevase la leche de la vida.

¡Santa Iglesia de Cristo! tú las aguas
Vertiste de la fuente de tu esposo
Sobre el grupo de reinas que en la tumba
Se alzaron del coloso!
Tú, con materno afán, su rica herencia
Supiste preservar en el santuario,
Divina salvadora de la ciencia!

¿Qué la Europa sin tí? . . . Turbión del norte
Levántase iracundo,
Ruge, se arremolina, se dilata
Sobre todos los ámbitos del mundo:
Catarata de gentes que, de lo alto
De la salvaje breña,
Con diabólica furia se despeña.

Ounde, inunda, devasta y en horrendo
Bramador torbellino,
La muerte y el estrago difundiendo,
Va, por sus propias ondas empujada,
Y luego..... *como lóbrega laguna,*
A los piés de LEÓN *muero callada!*

Cantor preclaro de esa raza de héroes
Que es el fénix eterno de la historia,
Bien puedes entonar épicos himnos
A su perpetua gloria,
Ya que la excelsa Cruz abre sus brazos
Y con ellos cobija
Al romano y al bárbaro, á los hombros:
La humanidad es su hija!

Primogénita ilustre, el cetro de oro
Empuñe de los Césares Iberia,
Ocho siglos batalle con el moro,
Extermine sus huestes en Granada,
Recobre la usurpada
Heredad, y en un rapto de hidalguía,
Desatè la diadema de su frente,
Para comprar con ella
Joya de más valor: ¡un Continente!

De pié, sobre la orilla
Del gaditano mar, lanze á la América
La romana semilla;
Que en el suelo fecundo
De esta virgen comarca, que latente
El juvenil calor guarda del mundo,
Germinará lozana y vigorosa,

Doblando presto la española gente.

¡Perdón, oh madre amada!

Perdón, si un día tus audaces hijos

Libertad te pedimos con la espada!

Tú nos diste la sangre de Pelayo;

Tú la férvida sed de independencia:

Castellano el arrojó,

Castellana la indómita violencia

Fueron con que esgrimió tajante acero

El que probó en la lid... ser tu heredero.

Si para siempre roto

Cayó el antiguo lazo en la jornada,

Ese lazo no fué, madre adorada,

El del filial amor, vínculo tierno

Que ha de ligarle á ti con nudo eterno.

Mientras tu dulce sonoro idioma,

Raudal inagotable de armonía,

Su ritmo musical preste á los bardos

Que en la floresta umbría

Del Ande entonan cantinela indiana,

No morirá tu amor, y tuyo el lustre

Será, si en el conuento,

Entre las galas del primor latino,

Luce el hispano varonil acento.

Pero ¿cuál el altivo

Pueblo es que surge y á los pueblos guía,

Virtiende del progreso en la ancha vía

De clara antorcha refulgente lumbre?

¿Quién pretende impeler con arrogancia

La humanidad entera hácia la cumbre?.....

Naciones, apartad! El pueblo es *Francia!*

Reina del pensamiento, marca el rumbo
De la humana razón; desde el sagrado
Tripode de la ciencia,
Dicta revelaciones de Sibila
Al orbe congregado en su presencia.
Cada vez que inspirada se estremece
Y el hacha agita en la convulsa mano,
Se desprenden centellas rutilantes,
A flotar en la atmósfera del mundo,
Cual fantástica lluvia de diamantes.

Mas ay! la antorcha, convertida en tea
De incendio asolador, fuego derrama,
Y estupefacto el orbe compadece
A Francia, que se inflama.

¡Desgraciada nación! Sus propios hijos,
Que, ansiosos de más luz, la llama horrible
Frenéticos atizan, son, ¡oh espanto!
Forzados á servir de combustible.

Humo y pavezas á una margen y otra
Del desolado Sena,
Humo y pavezas solamente habría;
Más el Nerón francés pásmase un día
Del exterminio horrendo,
Y sangre y ruinas y terror y luto
Mirando por doquier, sube azorado,
Moisés de la impiedad, á la *Montaña*;
Reprime ante las turbas
El ímpetu terrible de su saña;
Serenidad imprime á su semblante;
Finge bíblico acento de profeta,
Y dota á la nación agonizante,.....

Con un *Dios*, que el sacrílego decreta!

A poco la cuchilla

Sangrienta del perenne sacrificio.

Dividió la garganta del tirano;

Pero el *ay!* que á su Padre soberano

Exhalaba la Francia en el suplicio,

Llegó doliente: la Piedad sus alas

De cándida paloma

Tendió en rápido vuelo,

A esa campo de horror, donde moría

Un gigante olvidado por el Cielo.

Y aun vive Francia! luminar radioso,

Que, pasado su eclipse, resplandece;

Adalid que sucumbe y se levanta

Y en su propio infortunio se engrandece.

Cada vez que la sangre de sus hijos

El patrio suelo inunda,

Germinan en la tierra que fecunda

Encélados soberbios, que quisieran,

Con loco atrevimiento,

Alzar la humanidad sobre sus hombros

Y amontonando escombros sobre escombros,

Saltar al firmamento!

¿Lánguido es mi cantar, vate argentino?

Brío mayor reclama

La resonante trompa de la fama?

Pues sigue tú, que, osado

Robusta entonación, ardiente verso,

Lírico arranque tienes, y te encumbras

Al cenit, que las musas me han vedado.

Canta las glorias de la hermosa Italia,
Que siglos há dormida
Sobre el sepulcro del romano imperio,
Ha despertado al fin llena de vida;
De Italia en cuyos fastos
El nombre brilla de aquel nauta excelso,
Que, arrancando á los vastos
Dominios de la mar mitad del orbe,
Perfeccionó la esfera,
Y el del genio atrevido, que, usurpando
De un dios la potestad, se alzó y dispuso
Que el globo se moviera!

Pero, ¿por qué tus ojos,
Apartas del Oriente,
A ver cuál se derrama
Sobre nuevo país latina gente,
Antes de que los vuelvas al extremo
De la tostada Libia, donde azotan
Solitario peñón rudas tormentas,
Que el no surcado piélago alborotan?

El cielo se oscurece, el viento zumba,
Furioso el ponto brama;
La combatida mole se estremece
Y al clarear del relámpago, aparece,
Poeta, vedle allí: ¡Vasco de Gama!

Si hasta el Indico mar el rumbo sigues
Que traza el arrogante lusitano,
Un náufrago verás: las ondas bate
Con la siniestra mano,
Y, ansioso de salvar lo que mil veces
Más precioso reputa que la vida,

En la diestra levanta,
Con afán infinito,
Un objeto inmortal: el manuscrito
En que las glorias portuguesas canta!
¡Cuna del Oámoons! á injurioso olvido
Tu nombre relogar, ¿cómo un poeta
De América ha podido?
Cuando aun parece que la sombra inquieta
Del claro Magallanes
Escudriña la brecha misteriosa,
Al nocturno fulgor de los volcanes;
Cruza de mar á mar; graba su nombre
En la roca vecina,
Y bogando á las islas de Occidente,
Cae, para marcar perpetuamente,
Con su tumba, la ruta peregrina.
Viuda volverá su nave heróica,
Por opuesta región, al mismo puerto,
Y testigo intachable del profundo
Dictamen de la ciencia,
Probará que, del sol en competencia,
Pudo dar un bajel la vuelta al mundo.

Mas siga ya tu canto, y la hechicera
Nereida que del fondo de las aguas,
Bañada en perlas, levantó la frente,
Al sentir que Colón mundos perdidos
Buscaba entre las brumas del poniente,
América, la vírgen prometida,
Que, de gala vestida,
Bajo un dosel de palmas y de flores,
Al Porvenir aguarda,

Y en lánguidos suspiros
Se queja de su amante, porque tarda;
Ella, que el regio manto,
Bordado de esmeraldas y rubíes,
Ha tendido en las costas de sus mares,
Ávida de que salten á millares
Los obreros del bien, que el siglo admira,
Oiga, en elogio suyo,
Los pindáricos sones de tu lira.

Exenta un tiempo de afrentoso yugo,
Libre como la luz, como las auras,
Creció lozana y bella,
Hasta el aciago día
En que, siguiendo de Colón la huella,
La vino á sorprender la tiranía.

Por luengos años, prisionera ilustre
De extranjero señor, lloró en silencio
Su desdichada suerte;
Pero, cansada, en fin, de oprobio tanto
A la ignominia prefirió la muerte;
La perdida altivez cobró iracunda,
Deshizo en mil pedazos
La bárbara coyunda;
Y amazona terrible en la batalla,
Al pecho disparó de sus guardianes
Los grillos convertidos en metralla!

Hoy es la poderosa
Soberana que extiende sus dominios
Del uno al otro polo,
Y al opresor antiguo, generosa,
Le tiende amiga mano,
Que quien fué su señor es ya su hermano.

Las páginas no escritas
Que el misterioso libro de la historia
Guarda para el futuro,
Ella sabrá llenarlas con su gloria.
Ante ella han de librarse
Los postreros combates del progreso.
No importa que el exceso
De vida, de entusiasmo, de energía,
En que el fecundo seno le rebosa,
La inflame alguna vez y la enloquezca:
En sus entrañas arde todavía
Aquel fuego interior que hundió los valles,
Alzó los montes, trituró las rocas
Y sacudió el planeta,
Antes que dócil á la ley cediese
Que á reposado giro lo sujeta.

Si aun hoy su veste cándida
Mancha con sangre la matanza impía;
Si el humo de las lides pestilente
Le inficiona el ambiente,
Le agosta el campo, le oscurece el día;
Presto de la discordia el monstruo infame
Caerá á sus piés rendido,
Y al disiparse la sulfúrea nube,
De mortíferos rayos negro nido,
América, radiante y majestuosa,
Moderna Egeria del linaje humano,
Futura institutriz de las naciones,
Las tablas de la ley tendrá en la mano.

Y con regio ademán, el noble coro
Mostrará de sus hijas predilectas
De progeñe romana,



Que su honra, su decoro,
Su timbre, su blasón serán mañana.

Allí la patria del invicto Juárez,
Al brazo el arma, con marcial denuedo,
Defenderá sus leyes,
A rasgar otra vez apercibida
La púrpura insultante de los reyes.

Las cinco hermanas que tranquilas bordan,
Con afán incesante,
Por uno y otro ponto acariciadas,
Del progreso la túnica brillante,
Y en grata confidencia,
Para ser grandes, pactan
Confundir sus destinos y su herencia,
Juntas esplenderán, como en el cielo
Las estrellas menores,
Que duplican así sus resplandores.

Las que en medio del ponto gimen solas
Y el furibundo embate
Sufren del despotismo y de las olas,
Cual débiles barquillas
Dispersas en la mar, formarán, libres,
La poderosa Unión de las Antillas.

Venezuela gloriosa,
Emporio de héroes, madre afortunada
Del inmortal campeón de estas regiones,
Que hizo brotar naciones
Donde clavó la punta de su espada;
De lauro ornada la soberbia frente,

Centinela del amplio continente
De que supo expeler al castellano,
La daga de Bolívar tendrá al cinto
Y la lanza de Paéz en la mano.

Colombia, que, con diestra vigorosa,
Levanta el democrático estandarte
A altura prodigiosa,
Y en cuyo seno ardiente,
Como en fragua volcánica, se funden
El pasado, el futuro y el presente;
Con noble majestad, á los marinos
De uno y otro hemisferio,
Enseñará la portentosa vía
Que sometió dos mares á su imperio;
Y cuando enjambre de extranjerías naos
Desfile á su presencia,
Homenaje á tu esfuerzo y á tu ciencia
Les sabrá demandar, ¡moderno Alcides,
Que las ondas del piélagos derramas
En medio de los mundos que divides!

¡Desgraciado Perú, que hoy te retuerces
En el sangriento potro del martirio,
Mordiendo con despecho la cadena,
Víctima del frenético delirio
Con que tu propio hermano te condena!
Cuando cese el tremendo
Sacrificio en que expías
Faltas, no hay duda, de pasados días,
Cobrarás presto tu vigor nativo,
Tras el breve desmayo,

E impávido y audaz, fuerte y altivo,
Serás el adalid del *Dos de Mayo*.

Chile! Chile brioso!
Que arrojaste colérico el azada,
Para empuñar el homicida acero
Y blandirlo con fuerza desusada,
Bien has mostrado ya que eres guerrero;
Más ay! en fratricida
Contienda, que deslustra la victoria,
Porque duelo es la gloria,
Cuando es hermana la nación vencida.
¡Perdón para el Perú! ¿Cómo pretendes
Que bajo el peso del baldón sucumba?
¡Pueblo que tan bizarro te levantas,
Dejarás de ser grande, si tus plantas
Pones sobre una tumba!.....

Bolivia generosa, hija postrera
Del gran batallador, viuda hermosa
Del capitán insigne de Ayacucho,
Depuesta la luctuosa
Vestidura que hoy llevas,
Pues tu pesar es mucho,
Debieras convertir, para ser fuerte,
En lección provechosa tu escarmiento,
Y unir presto á tu suerte
La del rey de las Chinchas opulento.

Más ¡oh bardo argentino!
Toma, toma esta lira,
Que desfallece en mis indoctas manos
Y, de cantar en vez, gime y suspira.

Escuche tus galanos
Himnos la *Imperatrix* del claro Plata;
Prosigue tú y desata
El undoso raudal de poesía
Que en la patria de Mármol y de Andrade
Difunde, á par del éter, la armonía.
Presagia tú el destino
De la región austral, cuna dichosa
Del Bolívar del Sur. Ya que el divino
Estro tu pecho inflama,
Levántate y proclama
Del joven Uruguay la gentileza;
Del Oriental imperio,
República futura, la grandeza;
Y un aplauso te arranque, si eres justo,
A menos que el pudor tu labio selle,
Ese cubil famoso de leones,
Contra el cual ¡oh vergüenza! tres naciones
Corrieron á lidiar, y fuera en vano,
Si, exterminados en la lucha fiera
Los últimos valientes, no cayera,
Ilustre mártir, el que fué tirano.

¡Ecuador! Ecuador! patria querida,
Por cuyo amor es poco dar la vida,
¿Cómo, cual tribu oscura,
Entre incógnitas breñas olvidada,
Incapaz de progreso y de cultura,
Te desdeña el cantor?—Pudo la osada
Perfidia de un bastardo encadenarte,
Romper tus leyes, abrogar tus fueros,

Oprimirte, humillarte,
Pero exhalaste un ¡ay! y mil guerreros
Se armaron á porfía,
Para vengar tu afrenta
Y pedir al malvado estrecha cuenta,
De tus desdichas todas, patria mía!
Caíste so la inmunda
Planta de un criminal; pero ¿qué pueblo
Dejó de ser atado á vil coyunda?.....
¡Manes del *gaucho* infame
Que desoló las *pampas* argentinas,
Decidme si enturbió vuestra memoria
Del Plata las vertientes cristalinas?
¡Yergue, Ecuador, la frente!
Yérguela con orgullo! cuando yaces
Abatido y doliente,
Los mismos que lloraban consternados,
Hijos idolatrados,
En rabia y frenesí truecan el duelo,
Despedazan intrépidos el yugo,
Arremeten furiosos y extrangulan,
Con sus propios cordeles, al verdugo.
¿Qué pompa te negó pródigo el Cielo?
Ardiente sol en tu cenit enciende;
Con mágico primor tus campos viste,
Y si al ocaso tiende
Océano inmenso, que tus costas baña,
Acá, tras la granítica montaña
Que rasga con sus crestas el nublado,
Otro mar portentoso de verdura
Despliega para tí, donde ignorado

Guarda el secreto aún de tu ventura.

Grande es tu porvenir, virgen del Ande,
Porque, al morir Colombia, el patrimonio
De sus hijas fué grande.
Copiosos frutos de diversas zonas
Ostenta tu regazo;
Ricos veneros tu comarca cría;
Tus canales son Guayas, Amazonas,
Tus montes Cotopaxi, Chimborazo,
Tus tiranos García!

¿Te falta gloria? No! Cuando, entre sombras
Lóbregas de ignorancia y servidumbre,
La colonia dormía torpe sueño,
Tú, de las sierras en la enhiesta cumbre,
Dabas la voz de alarma, convocando,
Contra la turba inicua de opresores,
El de oprimidos infelice bando;
Y al resonar el imponente grito,
Conmovidos los ecos, contestaban:
¡Luz de América, Quito!

¿Y después?... En silencio pavoroso
Volvió á quedar sumido el continente;
No hubo quien acudiese á tu defensa,
Y en bárbara hecatombe la inocente
Sangre de tus patricios corrió un día,
Sangre con que el bautismo
La Libertad obtuvo, pues nacía.

Dispertaron al fin los que en inerte
Sopor adormecidos,
Sordos á tus inútiles gemidos,
A merced te dejaban de tu suerte.

Truena la tempestad en Carabobo;
Estalla en Boyacá; brama en Pichincha;
Y Bolívar, el dios de la tormenta,
Su trono de relámpagos asienta
Aquí, en el diamantino
Culmen excelso del coloso andino.

El teatro contempla de su gloria;
Dicta, para los siglos posteriores,
Inauditos portentos á la Historia;
Inspirado delira;

Aguila poderosa, tiende el vuelo,
Buscando en la del sur esclava tierra
Siervos que libertar; y fué en tu suelo,
Guayaquil hechicera, codiciada
Por todo malhechor, donde avistados
Uno y otro gigante,
El argentino resignó su espada
Y el colombiano audaz pasó adelante.

¡Patria del corazón! cuando extinguido
El último estampido

Del cañón formidable de Ayacucho,
Ebrio de sangre se inclinó el acero
Y enmudeció el clarín, sobre la tumba
Del poder extranjero,
Bolívar, en el éxtasis divino,
En la embriaguez suprema de la gloria,
Oyó sublime canto,
Música celestial de la victoria!

Y quién era el cantor?..... ¡Insigne Olmedo,
Lustre envidiado de la patria mía!
Sal de la selva umbría

En que, á la margen de tu caro Guayas,
Descansas, arrullado
Por el dulce murmurio de las olas,
Cabe el rosal pintado;
Sal y desénelga tu laud sonoro,
Y el canto, que dormido
Yace en sus cuerdas de oro,
Mientras tú lo despiertas atrevido,
Derrámese en armónico torrente,
Para que sepa, si lo ignora, el mundo,
Que es honra, no baldón, del continente
La patria del poeta sin segundo!

Luis Cordero